



DORIS

diario de una buena vecina

LESSING

PREMIO NOBEL 2007

Janna y Maudie poco o nada tienen en común. Janna, una mujer madura pero aún atractiva, dedica todos sus esfuerzos a una actividad profesional que en apariencia le permite realizarse; Maudie, una viejecita encorvada por los años y los sacrificios, se mantiene viva gracias al orgullo indomable que a menudo malogra sus relaciones con el Mundo. Janna y Maudie se encuentran, inexplicablemente se gustan, y nace así una relación de amistad que descubre el lazo común entre las dos: una ternura secreta, tímida, y casi indecible que busca explayarse y que Doris Lessing perfila con palabras justas y bellas, dignas de una gran narradora.

Diario de una buena vecina

La primera parte es un resumen de unos cuatro años. No escribía ningún diario. Ojalá lo hubiera hecho. Todo cuanto sé es que ahora lo veo de una manera distinta a como lo veía mientras lo estaba viviendo.

Mi vida hasta la muerte de Freddie fue una cosa; luego, otra. Hasta entonces, me consideraba una persona agradable. Como todo el mundo, más o menos. La gente con la que trabajo, en especial. Ahora sé que no me preguntaba cómo era, sino cómo se me juzgaba.

Cuando empezó la enfermedad de Freddie, mi primera idea fue: es injusto. Injusto para mí, era lo que pensaba secretamente. En parte, yo sabía que se estaba muriendo, pero hacía como si no pasara nada. No estaba bien. Debí de sentirse solo. Me enorgullecía de seguir trabajando durante todo ese tiempo, de que «entrara dinero en casa»... bien, tuve que hacerlo, él no trabajaba. Pero estaba contenta de trabajar porque era una excusa para no estar junto a él en aquel *horror*. Era un matrimonio, el nuestro, en que no se hablaba de cosas reales. Ahora lo veo. En realidad no estábamos casados. Era el matrimonio típico de la mayoría de la gente hoy día, en busca de ventajas por ambas partes. Siempre consideré que Freddie me llevaba la delantera.

En una ocasión se mencionó la palabra cáncer. Me la dijeron los médicos, cáncer, y veo *ahora* que mi reacción supuso el final de hablar de si debían decírselo o no.

No sé si se lo dijeron. Si lo supo. Creo que lo supo. Cuando lo ingresaron en el hospital lo visité a diario, pero me quedaba sentada con una sonrisa, ¿cómo te sientes? Tenía un aspecto terrible. Amarillo, los huesos afilados bajo la piel amarilla. Como un pollo hervido. Él me protegía a mí. *Ahora lo veo.* Porque no podía aceptarlo. Una esposa-niña.

Cuando murió, y se acabó todo, vi lo mal que lo habíamos tratado. A veces estaba allí su hermana. Hablaban, supongo. Su trato conmigo era como el de él. Con amabilidad. Pobre Janna, no se puede esperar demasiado.

Desde que él murió, no la he visto, ni a nadie de la familia. Enhoramala. Quiero decir que esto es lo que ellos piensan de mí. No me hubiera importado hablar de Freddie con su hermana, porque poco sabía de él, en verdad. Pero ya es un poco tarde para ello.

Cuando murió, y me encontré con que le echaba mucho en falta, quise saber cosas de épocas de su vida que él apenas mencionaba. Como cuando era soldado durante la guerra. Decía que la odiaba. Cinco años. De los diecinueve a los veinticuatro. Fueron años maravillosos para mí. En 1949 yo tenía diecinueve años, empezaba a olvidar la guerra y me situaba profesionalmente.

A pesar de todo estábamos unidos. Teníamos aquella relación sexual tan buena. Estábamos perfectamente sintonizados en esto, si no en otra cosa. Sin embargo, no podíamos hablarnos el uno al otro. Corrijo. No hablábamos el uno con el otro. Corrijo. No podía hablarme porque cuando empezaba a hacerlo yo me escabullía. Me parece que la verdad es que era una persona seria e introvertida. El tipo de hombre por quien lo daría todo ahora.

Después de su muerte y cuando yo estaba loca por una relación sexual, puesto que durante diez años yo lo había tenido todo sin pedirlo, me acosté por ahí y no me gusta pensar cuántas veces. O con quiénes. En una ocasión, en una celebración en la oficina, di una mirada alrededor y ad-

vertí que me había metido en la cama con la mitad de los hombres que se encontraban allí. Me quedé atónita. Y siempre me había resultado detestable: eso de estar un poco achispada y después de una buena comida, entonces con prisas, follar. No era culpa de ellos.

Tocó a su fin cuando mi hermana Georgie me vino a decir que me tocaba el turno con nuestra madre. Una vez más sentí lástima de mí. ¡Ahora pienso que muy bien hubiera podido decir algo con anterioridad! El marido, cuatro hijos, una casa pequeña... y había tenido a mamá desde que murió papá, ocho años. Yo no tenía hijos y con Freddie y yo con un empleo no nos faltaba el dinero. Sin embargo nunca se había sugerido que mamá viviera con nosotros. Es decir, alguna sugerencia *que pueda yo recordar*. Pero no era el tipo de persona que pudiera cuidar de una madre viuda. Mamá solía decir que lo que yo gastaba en la cara y en vestidos, podía alimentar a una familia. Verdad. De nada sirve que pretenda que lo lamento. A veces me parece que era lo mejor de mi vida: ir a la oficina por la mañana, sabiendo qué aspecto tenía. Todo el mundo advertía lo que llevaba, y cómo. Esperaba el momento en que abría la puerta y pasaba por delante de las mecanógrafas, que me sonreían con envidia. Acto seguido, las oficinas de los ejecutivos, con las chicas que me admiraban y deseaban tener mi gusto. Bien, tengo esto, si no tengo otra cosa. Solía comprarme de tres a cuatro vestidos por semana. Solía llevarlos de una a dos veces, luego los desechara. Mi hermana los recogía para sus buenas obras. Por lo tanto, no se desperdiciaban. Naturalmente, era antes de que Joyce me tomara de la mano y me enseñara cómo vestirme: con estilo, no meramente a la moda.

Cuando mamá se instaló a vivir conmigo, supe que yo era una viuda.

Al principio no fue muy mal. Ella no estaba muy bien, pero se distraía. No podía llevar ningún hombre a casa si me encaprichaba con alguno, pero me sentía secretamente

bastante contenta. No puedo invitarte a entrar, ya ves que tengo a mi anciana madre, ¡pobre Janna!

Al cabo de un año de vivir conmigo, enfermó. Me dije: En esta ocasión no pretenderás que no está sucediendo nada. La acompañé al hospital. Le dijeron que tenía cáncer. Hablaron largamente de lo que le acaecería. Se mostraron amables e inteligentes. Los médicos no pudieron hablarme de lo que le sucedía a mi marido, pero podían hablar directamente a mi madre respecto a lo que le sucedía a ella. *Debido a lo que era*. Fue la primera ocasión de mi vida en que deseé ser como ella. Con anterioridad, siempre me había resultado embarazosa, sus vestidos, su pelo. Cuando salía con ella solía pensar que nadie podría creer que yo era su hija, dos mundos, ella con esa marcada respetabilidad suburbana... y yo. Junto a ella, mientras hablaba de su muerte inminente con los médicos, tan digna y agradable, me sentí horrorosa. Me sentía una estúpida acobardada, porque tío Jim había muerto de cáncer, y ahora ella... por ambas partes. Pensé: ¿me tocará el turno a mí? Sentí que *no era justo*.

Mientras mamá se moría hice cuanto pude, no como con Freddie, en que me limité a no querer saber. Pero no pude hacerlo. Ésta es la cuestión. Solía sentirme mareada y llena de pánico durante todo el tiempo. Ella se desmoronó muy pronto. *Se desmoronó...* así fue. Detesto el horror físico. No puedo soportarlo. Solía visitarla, antes de salir a trabajar. Me la encontraba en la cocina sin hacer nada en particular, en bata. Su cara, amarilla, con un brillo enfermizo. Se veían los huesos. Por lo menos yo no le decía: ¡Te encuentras un poco mejor, muy bien! Me sentaba a su lado y me tomaba el café. Le decía: Puedo pasar por la farmacia... había tantas pastillas y medicinas. Ella me decía: Sí, pide esto o aquello. Pero no le daba un beso. Bueno, en realidad no somos una familia aficionada al contacto físico. No puedo recordar haber dado nunca un buen abrazo a mi hermana. Un beso de mala gana en la mejilla, esto es todo.

Deseaba tener a mi madre en brazos y, tal vez, mecerla un poco. Cuando llegó al final y se encontraba tan enferma y se comportaba de una forma tan valiente, pensé que debía tomarla en brazos y abrazarla. La verdad es que no podía ni acariciarla. No con afecto. El olor... y ya pueden decir que no es contagioso, pero ¿qué saben ellos? No demasiado. Solía mirarme de una forma directa y abierta y yo apenas si podía mirarla a los ojos. No porque pidiera nada con la mirada, pero yo me avergonzaba de lo que sentía, sentía pánico por mí. No, no me porté mal, como con Freddie. Pero le debió parecer que no había mucho allí... quiero decir, que yo no era gran cosa. Unos minutos por la mañana, cuando iba a toda prisa a la oficina. Siempre llegaba tarde por la noche, después de cenar con alguien del trabajo, por regla general Joyce, y, por entonces, mamá ya estaba en cama. No estaba dormida, ¡ojalá lo hubiera estado! Entraba y me sentaba a su lado. Sufría dolores a menudo. Solía prepararle los medicamentos. Esto le gustaba, podía advertirlo. Apoyo. De un cierto tipo. Hablábamos. Luego mi hermana Georgie se acostumbró a comparecer dos o tres tardes por semana y estar con ella. Bueno, yo no podía, estaba trabajando; y sus hijos estaban en el colegio. Entraba y las veía sentadas juntas. Me moría de envidia porque ellas estaban unidas. Madre e hija.

Luego, cuando mamá ingresó en el hospital, Georgie y yo nos turnábamos para las visitas. Georgie solía venir de Oxford. No acierto a ver cómo yo podía haber ido con mayor frecuencia. Día sí, día no, dos o tres horas en el hospital. Odiaba cada segundo. No se me ocurría nada que decir. Sin embargo, Georgie y mamá hablaban todo el tiempo. ¡Y de qué! Solía escucharlas, con absoluta incredulidad. Podían hablar de las vecinas de Georgie, de los hijos de las vecinas de Georgie, de sus maridos, de los amigos de sus amigos. No paraban nunca. Era interesante. Porque les interesaba todo tanto.

Cuando mamá murió sentí alivio, naturalmente. Y también Georgie. Pero sabía que era muy distinto, que Georgie lo dijera y que yo lo dijera. *Ella tenía derecho a decirlo.* Debido a la manera de ser de ella. Georgie estuvo junto a mamá a cada minuto, día y noche, durante un mes antes de que mamá desapareciera. Por aquel entonces yo ya había aprendido a no odiar tanto el aspecto físico, mamá casi un esqueleto cubierto de piel. Pero sus ojos eran los mismos. Sentía dolor. No pretendía no sentirlo. Sostenía la mano de Georgie.

La cosa es que la de Georgie era la mano adecuada.

Me quedé sola en mi piso. En un par de ocasiones, uno de los hombres vino a casa. No fue nada espectacular. No los critico, ¿cómo podría hacerlo? Yo había empezado a comprender que yo había cambiado. ¡No me apetecía!. ¡Vaya cambio! No porque no necesitara una relación sexual. A veces me parecía que iba a enloquecer. Pero había un elemento de aburrimiento y de repetición. Y aquel lugar estaba lleno de Freddie. Me podía ver convertida en un monumento a Freddie, con el deber de recordarlo. ¿De qué servía? Decidí vender el piso y conseguir algo mío. Lo pensé durante mucho tiempo, meses. Incluso entonces ya vi que era una manera nueva de pensar en mí. Al trabajar en la revista, pienso de forma distinta, con decisiones rápidas, como si me encontrara encima de un chorro de agua. Soy buena en esto. Para empezar, por esta razón me ofrecieron este cargo. Es divertido, no lo había esperado. Otros sabían que me ofrecerían el puesto de subdirectora, yo no. En parte, estaba tan preocupada con mi aspecto, cómo me proyectaba. Mi aspecto, en un principio, era despreocupado, la divertida Janna de ropas alocadas, siempre tan lista y chica para todo. Luego, después de Joyce, muy cara, perfecta, elegante y formal, la persona que llevaba más tiempo allí, con un marido inteligente y moderno, en la sombra. No es que Freddie se reconociera en este papel. Luego, de re-

pende (así parecía) una mujer madura. Elegante. Distinguida. Resultaba duro aceptarlo. Aún resulta duro.

Una distinguida viuda de mediana edad, con empleo muy bueno en el mundo de la prensa periódica.

Mientras, yo pensaba en cómo debía vivir. En el piso de Freddie y mío me sentía casi como una pelusa o una pluma. Cuando entraba al volver del trabajo, era como si esperara encontrar una especie de peso o ancla que no estaba allí. Caí en la cuenta de mi debilidad y dependencia. Resultó doloroso verme tan dependiente. No económicamente, claro, sino como persona. Hija–niña, esposa–hija.

Mis pensamientos no discurrían, precisamente, hacia otro matrimonio. No podía verme casada de nuevo. Sin embargo, me decía: debes casarte, debes hacerlo, antes de que sea demasiado tarde. Es lo que incluso ahora quiero hacer, en ocasiones. En especial cuando pienso que no soy tan horrible como solía. Pero, cuando lo pienso, sé que no debería casarme. En cualquier caso, ¡nadie me lo ha pedido!

Me vendí el piso y conseguí éste. Una habitación dormitorio, una habitación para estar, un estudio. Un inmenso edificio de pisos caros. Apenas si estoy aquí. Cuando estoy, pienso mucho.

Esta manera de pensar... no es tanto pensar como tener cosas en la cabeza y dejar que ellas mismas se pongan de acuerdo. Si lo haces en serio, lentamente, surgen resultados sorprendentes. Por ejemplo, tus ideas son distintas a lo que creías.

Hay cosas que debo pensar mucho, a las que aún no he llegado.

Joyce, para empezar. Aquella oficina nuestra, en el último piso, luz natural y aire libre rodeándolo todo. Una larga mesa y ella instalada detrás, frente a mí, y yo detrás de la mía. Hace ya años que así, frente a frente, hacemos que la revista marche. Seguidamente, el caballete alargado a un lado, con todo lo necesario encima, las máquinas, los table-

ros de dibujo, las fotografías; al otro lado, la mesa baja donde se colocan las secretarías cuando vienen a tomar notas, o alguien con quien queremos hablar. Me gusta pensar en esto porque es tan correcto, tan apropiado, se ajusta perfectamente con lo que pasa. Pero debo pensar, debo pensar... hay una sensación de incomodidad, como si *algo* no acabara de estar bien.

Cuando me mudé al piso nuevo, muy pronto advertí que mi vida se desarrollaba enteramente en la oficina. En mi hogar no tenía vida. Hogar. ¡Menudo vocablo! Era donde me preparaba para la oficina, y donde descansaba del trabajo.

Una de las cosas que pienso es que, si perdiera mi empleo, no me quedaría mucha vida propia. Observo a las jóvenes listas, que luchan por abrirse paso. Me encuentro observando a una de ellas, a Phyllis, por ejemplo, y reflexiono. Sí, tiene madera, sabe poner una palabra al lado de la otra, entrevista a cualquiera, corrige, tiene una cabeza que parece un par de tijeras, jamás se siente presa del pánico.

¿Entiende cómo funciona todo? ¿Qué quiero decir con esto? Mucho. Todo. Es trepadora e impaciente, y hay que saber dejar que las cosas ocurran.

En lo que más pensaba era en que había dejado a Freddie en la estacada y había dejado a mi madre en la estacada y *así era yo*. Si surgiera algo más, algo de lo que tuviera que hacerme cargo, como la enfermedad o la muerte, si tuviera que decirme: Se acabó, tendrás que comportarte como un ser humano y no como una niña... entonces, no lo conseguiría. No es una cuestión de voluntad, sino de cómo eres.

Ésta fue la razón por la que decidí aprender algo distinto.

Vi el anuncio en el periódico: ¿Le gustaría hacerse amiga de una persona anciana? La imagen de una adorable anciana. Ay, la dulzura de la edad. La abuelita predilecta de cualquiera. ¡Ajá! Telefoneé y las visité. La señorita Snow. Fi-

lántropa. Con ella visitamos a la señora York. Las tres tomamos té en un pisito de Kensington. Me pareció todo falso y horrible. Pensé que la señorita Snow se mostraba condescendiente y no lo advertía. La señora York era inválida, gruesa y lenta, pálida y con la cara hinchada y pastosa. Ojitos quejumbrosos. Pude advertir que no le gustaba la señorita Snow. Me senté y pensé: ¿Qué demonios hago aquí? ¿Qué bien le procura a la señora York? ¿La visitaré una vez por semana, los domingos, le traeré un pastel y le preguntaré cómo le va con el reuma? La señorita Snow vio lo que yo pensaba y, al despedirnos en la acera, se mostró escueta. Sí, llámeme, señora Somers, si cree que quiere hacer este trabajo, y se metió en su Mini y partió. Un fracaso. Bueno, a esto estoy acostumbrada, pensaba ella.

Habría que buscar a otra persona para la señora York. Pero no me sentí en falta en esta ocasión. Sencillamente, la señora York no era para mí. Solía mirar el anuncio con la encantadora ancianita y pensar en la horrible señora York, con una especie de sarcasmo.

Mientras, en la misma planta que yo, la puerta de enfrente, está la señora Penny. Tiene setenta años, está sola y anhela mi amistad. Lo sé. No quiero. Lo sabe. Se apoderaría de mi vida. Me siento ahogada y me entra el pánico al pensar que pudiera tenerme a su disposición.

Pero estaba en la farmacia y sucedió esto.

Vi a una vieja bruja. Contemplaba a aquella anciana criatura y pensaba: una bruja. Era producto de que había trabajado en un artículo de fondo: «Estereotipos de mujeres, ayer y hoy». El «ayer» no se especificaba mucho: finales de la época victoriana, la dama encantadora, la madre tradicional, la tía solterona y enferma, la Mujer Nueva, la esposa misionera, y así sucesivamente. Tenía alrededor de cuarenta fotografías y dibujos para elegir. Entre ellas, una bruja, que había desechado. Pero ahí estaba, a mi lado, en la farmacia. Una menudencia encorvada, con la nariz que casi le tocaba la barbilla, vestida de negro, polvorienta y tocada con

algo que se parecía a una cofia. Advirtió que la miraba y me tendió una receta y me dijo: ¿Qué es esto? Pídámelo. Ojos azules feroces, bajo unas cejas grises y prominentes, a pesar de que había algo maravillosamente tierno en ellos.

Por alguna razón, me gustó, desde aquel momento. Al cogerle el trozo de papel, supe que cogía algo más.

—Lo haré —le dije—, pero ¿por qué? ¿No la atienden? —le dije bromeando y ella respondió en seguida, con sacudidas violentas de cabeza:

—No; oh, éste no sirve, nunca sé lo que me dice.

Éste era el joven farmacéutico que estaba allí, las manos encima del mostrador, alerta, sonriendo: la conocía, pude advertirlo.

—La receta es para un sedante —dije.

—Lo sé —dijo ella y golpeó el papel con los dedos, el papel que había dejado sobre mi bolso—. Pero no es aspirina, ¿verdad?

—Es algo que llaman Valium —dije.

—Es lo que yo pensaba. No mitiga el dolor, da sopor —dijo ella.

—Pero no es nada malo —dijo el hombre sonriendo.

—Yo lo he tomado —dije.

—Le dije al médico, aspirinas... esto es lo que pedí. Pero tampoco sirven de nada los médicos —dijo ella.

Todo ello con ardor y temblor, con cierta alegría. Allí estábamos los tres sonriendo y, no obstante, ella estaba furiosa.

—¿Quiere que le venda aspirinas, señora Fowler?

—Sí, sí, no me quedará esta porquería que me produce sopor.

Le dio las aspirinas y cogió su dinero, que la mujer contó lentamente, moneda a moneda, en las profundidades de una gran bolsa cochambrosa. Luego, el hombre cobró mi importe: esmalte de uñas, colorete, lápiz de ojos, sombra de ojos, lápiz de labios, brillo de labios, polvos, rimel. Todo: lo había acabado todo. Ella se quedó contemplándolo,

con una mirada que hoy sé que es la suya característica, una mirada feroz y reflexiva que quiere comprender. Intentando entenderlo todo.

Acoplé mi paso al suyo y salimos de la tienda. En la acera, no me miró, pero había una súplica en ello. Anduve a su lado. Resultaba difícil andar tan despacio. Por regla general, voy volando, pero no lo supe hasta aquel momento. Ella avanzaba un paso, hacía una pausa, examinaba la acera, otro paso. Pensé cómo yo iba a toda prisa por la acera a diario y nunca había visto a la señora Fowler, aunque vivía cerca, y, de repente, miré arriba y abajo de la calle y vi... ancianas. También ancianos, pero principalmente ancianas. Avanzaban con lentitud. Iban en parejas o en grupos, hablaban. O se habían sentado en el banco de la esquina, bajo el plátano. No las había visto. Era porque temía ser como ellas. Estaba asustada, andando junto a ella. Era su olor, una especie de olor dulce, agrio, polvoriento. Vi mugre en su delgado cuello de vieja y en sus manos.

La casa tenía el parapeto roto y peldaños partidos y astillados. Sin mirarme, puesto que no me iba a preguntar nada, bajó con todo cuidado los antiguos peldaños y se paró ante una puerta que no encajaba y la habían reparado con una tablilla de madera clavada en cruz. A pesar de que esta puerta no podía impedir la entrada a un gato decidido, rebuscó la llave y, al final, la encontró, y, fijándose en la cerradura, abrió la puerta. Entré con ella, con el corazón dolido, con el estómago revuelto debido al olor. Aquel día, era de pescado demasiado hervido. Nos encontrábamos en un largo pasillo oscuro.

Avanzamos hacia la «cocina». No he visto nunca nada semejante, excepto en nuestros archivos de la miseria, casas declaradas ruinosas y este tipo de cosas. Era una ampliación del pasillo, con una vieja cocina de gas, grasienta y negra, un viejo fregadero de porcelana, cascada y amarilla por la grasa, un grifo de agua fría envuelto con viejos trapos y goteando de forma constante. Una antigua mesa de

madera bastante bonita con vajilla encima, todo «limpio» pero mugriento. Las paredes llenas de manchas y húmedas. El lugar apestaba, un olor terrible... No me miró mientras disponía pan, galletas y comida de gato. Los limpios y brillantes colores de los paquetes del colmado y las latas en aquel horrible lugar. Estaba avergonzada, pero no se disculpaba. Dijo en tono informal aunque suplicante:

—Vaya a mi habitación y cójase una silla. La habitación en la que entré tenía una vieja estufa negra que mostraba destellos de llamas. Dos sillones increíblemente viejos y a jirones. Otra antigua y bonita mesa de madera con periódicos abiertos y esparcidos por toda la superficie. Un diván lleno de ropas y bultos y un gato amarillo en el suelo. Todo estaba tan sucio y cochambroso, sórdido y terrible. Pensé que nosotras escribimos sobre decoración, muebles y colores... en cómo cambia el gusto, y todo lo que tiramos y lo mucho que nos harta todo. Y allí estaba aquella cocina, que si la fotografiábamos nos procuraría donativos de nuestros lectores a vuelta de correo.

La señora Fowler sacó una antigua tetera marrón y un par de tazas y platillos bastante bonitos. Nunca había hecho algo tan desagradable como beber de aquella taza mugrienta. Casi no hablamos porque yo no deseaba hacer preguntas directas y ella temblaba llena de orgullo y dignidad. Acariciaba al gato, «mi pequeñito, mi compañerito», de una forma suplicante, y sin mirarme me dijo:

—Cuando era joven, mi padre era dueño de una tienda y, más tarde, tuvimos una casa en St John's Wood y sé lo que es correcto.

Cuando me fui me dijo, a su manera, sin mirarme:

—¿Imagino que no volveré a verla?

—Sí, si me invita —le dije—. Volveré el sábado a tomar el té, si está de acuerdo.

—Oh, me gustaría, sí, me gustaría.

Entre nosotras hubo un momento de intimidación: ésta es la palabra. Sin embargo, tenía mucho orgullo y no quería

hacer preguntas, se dio vuelta apartándose de mí, mientras acariciaba al gato: Oh, mi pequeñito, mi hermosura.

Al llegar a casa aquella noche, estaba aterrorizada. Me había comprometido. Estaba llena de asco. El olor agrio, sucio, había empapado mi ropa y mi pelo. Me bañé, me lavé el pelo, me maquillé y llamé a Joyce para decirle: Salgamos a cenar. Cenamos muy bien en Alfredo's y hablamos. Naturalmente no le dije nada de la señora Fowler, pero pensé constantemente en ella: miraba a la gente del restaurante, todos muy bien vestidos, limpios, y pensaba, si ella entrara en este restaurante... bueno, no podría hacerlo. Ni siquiera como mujer de la limpieza o lavaplatos.

El sábado le llevé unas rosas y unos claveles, un pastel con nata de verdad. Yo estaba contenta conmigo misma y esto me ayudó a aceptar su reacción: estuvo contenta, pero me había excedido. No había ningún jarrón para las flores. Las coloqué dentro de una jarra de esmalte. Ella depositó el pastel en una vieja fuente descascarillada. Se mostraba bastante distante. Nos instalamos a cada lado de la estufa de hierro y encima se encontraba la vieja tetera marrón para conservar el calor; las llamas calentaban demasiado. Llevaba una blusa de seda, a topos negros sobre blanco. Seda auténtica. Con ella, todo es así. Una hermosa tetera de Worcester pero descascarillada. Su falda es de buena lana, pero manchada y deshilachada. No quería que yo viera el «dormitorio», pero eché un vistazo cuando se fue a la «cocina». Los muebles, en parte, eran muy buenos: librerías, una cómoda, un tocador cursi y un armario que parecía un cajón pintado. Encima de la cama, un edredón anticuado, blanco, de zaraza. Caí en la cuenta de que no dormía en la cama, sino en el diván del cuarto de al lado, donde nos encontrábamos. La habitación estaba llena de montones de basura por todas partes, harapos, bultos de periódicos, todo lo imaginable: esto era lo que no quería que yo viera.